

LA TRANSFORMACIÓN DE LA CIENCIA EN METAFÍSICA NEGATIVA

En las últimas décadas varios filósofos de la ciencia se han dado a la tarea de resaltar el carácter totalitario e intolerante de la ciencia frente a los saberes no-científicos (o, como se les suele denominar, saberes populares), así como las incoherencias y contradicciones epistemológicas y políticas que todo ello conlleva (Lyotard, Feyerabend, Winch, entre otros). En medio de este debate, sin embargo, aparecen algunos autores que continúan reivindicando la superioridad de la ciencia frente a todos los otros sistemas de conocimiento, y expresando su horror hacia la supervivencia de saberes populares en las sociedades industrializadas/civilizadas. En un artículo reciente, los autores Joaquín Medín y Edwin Núñez expresan su “consternación” ante el “crecimiento vigoroso y renovado de las creencias pseudocientíficas en el seno de las sociedades desarrolladas” donde alcanzan “un nivel de aceptación del orden de 80% entre el público” (2000a: 10, 27).

En este trabajo intentaré desarrollar una crítica a la idea de que la ciencia es superior a todos los otros saberes no-científicos y exponer esta crítica desde mi propia disciplina: la antropología. El debate que desde principios del siglo XX se ha venido desarrollando en la antropología en torno a la existencia de una mentalidad primitiva o, por ser más específico, en torno a la supuesta superioridad de la ciencia frente a la magia (entendida en un sentido estrictamente antropológico, como aquel sistema de conocimiento proto-científico característico de las sociedades primitivas), representa un excelente marco de referencia para el desarrollo de esta crítica. Si este marco de referencia resulta útil en este contexto, es por el hecho de que los críticos contemporáneos de los saberes populares ingenuamente

reproducen muchas de las contradicciones inherentes a la crítica del pensamiento mágico que durante la primera mitad del siglo XX jugaron un papel central en las obras de antropólogos como Lévy-Bruhl y Evans-Pritchard. Por tanto, en la medida en que el pensamiento antropológico contemporáneo, influenciado por tendencias contemporáneas en la filosofía de la ciencia, ha logrado superar estas contradicciones en esa misma medida proveen la clave para la superación de la crítica contemporánea de los saberes populares.

Para propósitos de este trabajo, mi crítica se centrará en problematizar las ideas de tres autores que, a mi entender, son representativos de la versión más radical (de las que hasta ahora haya visto) de la defensa de la superioridad de la ciencia frente a los saberes populares. Estas ideas aparecen contenidas en tres artículos publicados recientemente en la revista *Milenio 4* (2000), a saber: “Pseudociencia y cultura de masas,” partes I y II, ambos por Joaquín Medín y Edwin Núñez; y “Los principios de una ciencia falsa”, por Juan Torres.

Para propósitos de claridad he decidido dividir el trabajo en tres partes. En la primera parte intentaré identificar algunos de los argumentos contenidos en los artículos de Medín y Torres que considero problemáticos y de explicar porqué son problemáticos. Más adelante, en la segunda parte, intentaré mostrar cómo la superación, en clave antropológica, de las contradicciones inherentes a la crítica del pensamiento mágico sirven a la vez para superar las contradicciones inherentes a la crítica de las pseudociencias, según éstas puedan ser identificadas en los escritos de Medín y Torres. Finalmente, en la tercera y última parte, proveeré unos comentarios finales, a modo de conclusión.

I. Los aspectos problemáticos de la crítica a las pseudociencias

Existen al menos nueve proposiciones contenidas en los trabajos de Medín y de Torres que me parecen altamente

problemáticas. He resumido estas nueve proposiciones como sigue:

- Las pseudociencias aspiran a ser ciencia, pero la ciencia no aspira a ser pseudociencia.
- La ciencia se basa en hechos empíricos, las pseudociencias no.
- Las pseudociencias se basan en hechos de la imaginación, la ciencia no.
- La ciencia se basa en hechos ya comprobados, las pseudociencias en hechos aún por comprobar.
- La actitud del pseudocientífico es acomodaticia, la del científico no.
- Las pseudociencias se basan en formas falaces de razonamiento, las ciencias no.
- Las pseudociencias son fraudulentas, la ciencia no.
- La ciencia es abierta, las pseudociencias no.
- La racionalidad científica es compatible con los valores democráticos, la racionalidad pseudocientífica no.

A continuación discutiré cada una de estas proposiciones de forma individual.

(a) Las pseudociencias aspiran a ser ciencia, pero la ciencia no aspira a ser pseudociencia

El primer aspecto del escrito de Medín que me parece problemático es la clasificación misma de un conjunto heterogéneo de saberes como “pseudocientíficos.” Peor aún, si por pseudocientíficos se entiende que se “proclaman ingenua y maliciosamente como ciencia”, como las define Medín (2000a: 10); es decir, que son proto-científicos, o que aspiran a proveer una visión cuasi-científica del mundo, entonces resulta evidente que muchos de los ejemplos que utilizan los autores difícilmente pueden ser clasificados bajo esta categoría. Ejemplo claro de

ello son todas aquellas creencias que derivan de saberes religiosos, como lo es el creacionismo.

Los saberes religiosos no pueden ser clasificados de pseudocientíficos porque, a diferencia de la ciencia, estos ni se perciben a sí mismos ni se anuncian como científicos. Además, la noción de causalidad que opera dentro de los saberes religiosos no se anuncia como obedeciendo a leyes inmutables e inviolables como existen en la ciencia. Ni el sacerdote más dogmático le dice a sus seguidores que, por ejemplo, se va a curar de una enfermedad si reza mucho. Sí le va a recomendar que rece mucho, y también que esto le puede curar, pero al final le advertirá que el rezo no se va a traducir con carácter de necesidad en una curación. Así, la pretensión de comparar ciencia y religión es ilegítima. La comparación sólo sería legítima si las religiones proclamaran que la causalidad religiosa (si se le quiere llamar así) es cuasi-científica, cosa que no hacen. En la causalidad religiosa, siempre se advierte, la misericordia de Dios es impredecible.

Por otro lado, la mayoría de los otros ejemplos utilizados por Medín, si no todos, tampoco deben ser clasificados como pseudocientíficos porque aun cuando propongan relaciones causales inmutables e inviolables, el tipo de causas a las que hacen referencia difieren radicalmente de aquellas causas que, propiamente hablando, podrían ser defendidas como científicas. Así, no es lo mismo decir que un saber aspira a ser científico, y decir que un saber reconoce que algunas de sus creencias, en tanto se relacionan con el mundo físico pueden ser compatibles con la realidad científica. A este tema volveremos más adelante en la segunda parte del artículo.

(b) La ciencia se basa en hechos empíricos, las pseudociencias no

Según Medín la ciencia se caracteriza por ser un sistema de conocimiento que “somete sus predicciones a contrastación empírica” (2000a: 21). De forma análoga, Torres argumenta

que la ciencia es aquel sistema de conocimiento que se ocupa exclusivamente “de las cosas concretas” (2000: 69). Estas caracterizaciones de la ciencia son no sólo problemáticas, sino plenamente falsas.

Tómese, por elegir un ejemplo extremo, quizás la proposición más central a toda la cosmología científica moderna: la primera ley de movimiento de Issac Newton. Esta ley, que Newton formulara en su *Philosophiae Naturalis Principia Mathematica* (1687), lee como sigue: “Todo cuerpo continúa en un estado de reposo, o movimiento uniforme en línea recta, a menos que una fuerza externa actúe sobre él y le obligue a cambiar ese estado.” Ahora bien, dado que para Newton el reposo no es otra cosa que un tipo especial de movimiento, la ley puede reformularse, como hace Heidegger, de la siguiente manera: “Every body left to itself moves uniformly in a straight line” (Heidegger 1993: 286). Para Newton, entonces, la razón por la cual los cuerpos de los que tenemos experiencia directa no están en un estado de movimiento uniforme en línea recta, como dicta la ley, es porque una fuerza externa se los impide, y esta fuerza no es otra que la fuerza de la gravedad. Por lo tanto, sólo un cuerpo que esté “left to itself,” es decir, libre de la influencia de la fuerza de la gravedad, permitiría una comprobación empírica de esta ley. Pero ¿dónde podemos encontrar un cuerpo como éste? ¿existe alguna prueba empírica de la existencia de este cuerpo? Peor aún, ¿puede existir prueba empírica de la existencia de este cuerpo? La respuesta a estas preguntas es inevitablemente NO. Es por esto que Heidegger al hablar sobre esta ley dice:

[This law] speaks of a body, *corpus quod a viribus impressis non cogitur*, a body which is left to itself. Where do we find it? There is no such body. There is also no experiment that could ever bring such a body to direct perception. But modern science... is supposed to be based upon experience. Instead, it has such a law at its apex. This law speaks of a thing that does not exist. It demands a

fundamental representation of the things that contradict the ordinary. (Heidegger 1977: 288-289)

Como bien apunta Heidegger, no puede existir prueba empírica de la primera ley de Newton. Sin embargo, es una ley que ha sido históricamente aceptada como científica. Ante esta contradicción tenemos dos opciones: o definimos la ciencia como un sistema de conocimiento que “somete sus predicciones a contrastación empírica,” como hace Medín y concluimos que la primera ley de Newton no es una ley científica; o, por el contrario, aceptamos que la ley sí es científica, y concluimos que la definición de la ciencia propuesta por Medín y Núñez es incorrecta. Yo me inclino por la segunda opción.

(c) Las pseudociencias se basan en hechos de la imaginación, la ciencia no

Estrechamente relacionado con el tema de la base empírica o ausencia de base empírica del conocimiento científico, está el problema de la relación entre especulación, imaginación, y realidad científica. Si la ciencia no es, como tradicionalmente se nos ha hecho creer un sistema de conocimiento basado en hechos observables, provenientes de la experiencia sensible y sujetos a verificación empírica, entonces ¿en qué se basa el conocimiento científico? ¿están las facultades humanas como la especulación o la imaginación en alguna manera relacionadas con las bases del conocimiento científico? Para Medín y Torres, la respuesta a esta última pregunta es clara: no están relacionadas en ningún sentido. Para ellos, por el contrario, la especulación y la imaginación son facultades características del pensamiento pseudocientífico. Torres, por ejemplo, argumenta en este sentido que una de las características principales de las pseudociencias es la creencia en “entes imaginarios como almas, espíritus, fantasmas, etc.” (2000: 69).

